

Una mirada al matrimonio en la Diócesis de Sonsón-Rionegro

Cristian Fernando Duque López*

El amor, tal como se presenta bajo las condiciones modernas, no es un acontecimiento impuesto de una vez por todas, sino que hay que conquistarlo cada día de nuevo... Eso requiere una mezcla de paciencia angelical y de tolerancia ante la frustración. Significa un duro trabajo de negociación, no pocas veces acompañado de turbulencias, significa un tipo de encuentro muy difícil debido a que los implicados conocen por su larga experiencia las debilidades, las sensibilidades y los puntos críticos de la otra parte.

Ulrich Beck y Elizabeth Beck

Resumen

La plenitud del matrimonio comienza en la representación que de él se tiene a partir de las propias vivencias sociales e individuales. No es lo mismo verlo como un acto social falto de significado, que como un sacramento que les da trascendencia a la existencia y a la relación de dos personas que se aman. La actual realidad social y cultural influye considerablemente en la vida de las parejas y en consecuencia de las familias. El individualismo occidental induce a unas relaciones utilitaristas y egoístas, en las que cada uno se pierde en su emocionalidad y en la búsqueda de satisfacción y goce personales. Se ven situaciones que nos ponen en estado de alerta, buena parte de la sociedad ya no ve en el matrimonio una alternativa prioritaria dentro de su proyecto de vida, y quienes planean casarse no tienen ni la preparación, ni la claridad de la responsabilidad que piensan asumir. Los esposos que permanecen fundamentan su vida de pareja en la fe, la confianza y el respeto, apoyados también en los valores aprendidos en sus hogares.

Palabras clave: matrimonio sacramental, pareja, noviazgo, familia, amor.

* Psicólogo, Especialista en Gestión para el Desarrollo. Jefe del Departamento de Familia y docente de cátedra de humanismos de la Universidad Católica de Oriente.

Abstract

Marriage fulfillment starts with the representation an individual has within, as a result of his/her own social and individual life experience. It is not the same to see marriage as a meaningless merely social act, rather than seeing it as a sacrament providing transcendence to the existence and to the relationship of two people who love each other. The current social and cultural reality has a strong influence in couples' lives and thereby families. Western individualism brings about utilitarian and selfish relationships, where everyone gets lost in emotionality and in the quest for personal satisfaction and enjoyment. We can see situations that make us stay alert. A huge amount of our society do not see marriage as a priority in their life project, and those who plan to get married have neither the preparation nor any clarity about the responsibility they are about to assume. Couples who remain together have based their lives on faith, trust and respect, being upheld by the values they learnt at home.

Key words: *Sacramental marriage, engagement, couple, family, love.*

La situación del matrimonio en nuestra Región

Comenzaré diciendo que el ser humano necesita vivir y moverse en constante interacción con las instituciones, y que la base de la más antigua de las instituciones, “la familia”, es la pareja. En la actualidad, para nadie es un secreto la cantidad de situaciones y problemáticas en torno a los matrimonios, que han traído consigo una desestructuración de lo establecido y del ideal de lo que debiera ser esta institución, necesaria dentro de la conformación de toda sociedad.

Al situarnos en la realidad del matrimonio en nuestra Diócesis, tomamos como referencia el primer Plan Diocesano 2001-2005 donde se plantea:

Ha entrado en crisis la institución matrimonial con las plagas del divorcio, la infidelidad y el erotismo envolvente [...] Pesa sobre los esposos la presión social a favor de la contracepción y en ocasiones favorable al crimen del aborto. Muchos esposos cristianos se esfuerzan por mantener la unidad familiar a pesar del bombardeo que desde buena parte de los medios masivos de comunicación reciben constantemente. Pero se hace cada vez más difícil para la pastoral contrarrestar este poderoso influjo que llega hasta la alcoba y la cocina de la casa (Diócesis de Sonsón-Rionegro, 2001, 16).

No es el interés de este artículo presentar unas cifras o estadísticas sobre la cantidad de matrimonios o divorcios que han ocurrido en un tiempo determinado en nuestro contexto; pero sí hay un propósito implícito: realizar una reflexión concienzuda sobre las enseñanzas de vida transmitidas por diferentes personas de los municipios más cercanos y lejanos de la Diócesis, quienes al hablar sobre su vida de pareja (ya sea desde unos novios que planean casarse, personas con más de 20 años de casados o quienes han enfrentado el divorcio) se atrevieron a mostrarnos que existen unos elementos comunes que hacen que un matrimonio prospere o fracase.

De la continuidad a la provisionalidad

En una sociedad marcada por un profundo y creciente individualismo, el modelo de amor que en otra época nutría la duración ha sido silenciosamente reemplazado por un amor en el cual la duración es constantemente una prueba, y se ha sustituido el modelo matrimonial tradicional por nuevas formas de convivencia como “la maternidad sin marido, la convivencia de hombre y mujer sin certificación, la soltería, las parejas con domicilio propio cada uno, entre otros” (Duch y Mélich, 2009).

Algunas relaciones personales se han convertido en algo experimental, “en un gran ensayo; y como suele suceder con los experimentos, a veces triunfan, a veces fracasan” (Duch y Mélich, 2009, 83). Lo común en la actualidad es encontrar matrimonios que ante la más pequeña dificultad se deshacen, en contraste con los de antes, en los que la permanencia era una condición inherente, a pesar de las diferencias y de las dificultades. Los matrimonios hoy se caracterizan por su discontinuidad en el tiempo, hecho que se evidencia en “la cantidad de separaciones, de constituciones de distintos núcleos familiares” (Quintero, 2009), que tras un fracaso intentan comenzar una y otra vez, conviviendo en hogares donde los límites se hacen borrosos y crece la inseguridad, y se gestan temores que afectan directamente a las futuras generaciones en el deseo de constituir familia.

La sociedad ha erigido como objetivo prioritario el desarrollo del yo, cuya consigna parece ser “cada cual a lo suyo” (Bauman, 2009, 39), y en ese distanciamiento de la realidad del otro, y obedeciendo a un utilitarismo, la presencia del otro se encuentra desprovista de sentido, es un mundo de apariencias donde queda en harapos y casi desnudo el verdadero amor. “Con frecuencia la duración del matrimonio se encuentra íntimamente relacionada con el mantenimiento del *clima emocional* de la pareja” (Duch y Mélich, 2009), es decir, se relaciona la permanencia con el goce, y se omite toda la amplia gama de situaciones y sensaciones que implica el convivir con otro. El matrimonio vivido como fase transitoria no lleva a una estabilidad que redunde en un equilibrio y desarrollo emocional de las personas, por el contrario, al ser concebido como una dispensa se convierte en un saco roto, de donde todos quieren sacar algo pero nadie pone nada.

Un mal comienzo... un mal fin

Es evidente que la fase de idealización en la cual se encuentran muchas parejas cuando quieren casarse, es un estado desde el cual se atribuye al otro el ideal de completud que se necesita para ser feliz en una relación, y se obvian características como los defectos, que hacen parte de la realidad de las personas con la cual uno tiene que toparse en la convivencia. Frente a la duración del noviazgo antes del matrimonio, no hay un límite de tiempo establecido que garantice el éxito de la futura relación; más bien depende de la calidad y del verdadero conocimiento producto de la interacción. Así, podríamos decir que el sano equilibrio está en el punto medio: ni un noviazgo de unos meses en el que no hay un verdadero conocimiento, ni los noviazgos de muchos años en los que no hay un interés de donación frente al otro.

El tiempo y el espacio son dos variables fundamentales para la construcción de una realidad de pareja, por eso un buen noviazgo es la perfecta conjunción de estos dos componentes. Una cosa es el pensar y otra el planear, podemos encontrar en este caso una situación muy común: los novios no se están preparando y conociendo bien antes del matrimonio, y después los resultados son “separaciones con hijos de por medio, situaciones como la infidelidad, el alcoholismo y la drogadicción” (Quintero, 2009), como escape para sobrellevar la frustración de haber optado mal.

La empatía con el otro, el entenderse bien y el arrebató motivan a varios jóvenes a querer casarse, pero se basan en una sensación de bienestar en donde se asume una actitud “hedonista de satisfacción y bienestar efímero” (Bauman, 2009), pues se omiten las diferencias y las dificultades que son una parte de la vida de pareja. Otros jóvenes ven el matrimonio como una

posible evasión o salida de algunas realidades familiares y económicas difíciles; aparte de la cuestión pasional, que es importante que exista, más no es suficiente para la estabilidad y la permanencia conyugales. Se podría decir que muchos noviazgos se fundamentan en una “relación instrumental mas no profunda” (Quintero, 2009), utilitarista mas no de abandono y sacrificio. No hay claridad en cuanto a la trascendencia del matrimonio, se ve más como un acto social. En el contexto actual, en muchos de los casos hay una desvalorización de la vida de pareja como tal, pareciera ser que quienes se atreven a casarse estuvieran tratando de asumir el reto de nadar en contracorriente. Ante un entorno de fracasos en las relaciones interpersonales, se puede hacer una lectura de una “generalizada indisposición o prevención a poder tener éxito en una vida matrimonial” (Bauman, 2009). Sin embargo, en ocasiones se visualiza una decidida disposición a hacer historia y se tiene la presencia de la romántica idea del amor que vence cualquier obstáculo, pero son muy pocos los que al momento de la prueba permanecen firmes en medio de las dificultades de la vida.

El dilema entre el yo y el nosotros

La pareja es el punto de partida de una familia y como grupo humano es de gran importancia para el buen desarrollo de la vida familiar. Para nadie es un secreto, como dice Ángela Quintero (2007), que la familia ha sufrido grandes transformaciones, tantas que la manera como se concibe esta institución en la actualidad es totalmente diferente de la representación que se tenía sobre ella en antaño, y la pareja que la constituye no es la excepción. Hay una cantidad de factores sociales, culturales, económicos, etc., que están produciendo serias modificaciones en la manera como se conforma y se asume la vida en pareja. Nos encontramos en un momento coyuntural del desarrollo de la historia, en el que

se evidencian grandes mutaciones en la forma de concebir el mundo y todo lo que este contiene, y como plantea Bauman, ante las modificaciones que se dan en todos los niveles surgen grandes cuestionamientos sobre “la ética y el sentido de las nuevas formas en que se asume la vida y todo lo que a esta concierne” (Bauman, 2009).

El ser humano siempre se encuentra frente a un otro, en términos de la alteridad de Lévinas, y se hace necesaria la responsabilidad de “construir historia con el otro, en cuanto me importa y me afecta” (Gil, 2006). Uno de los planos más relevantes donde podemos encontrarnos cara a cara con la humanidad de los demás es la relación de pareja. Por más que se quiera omitir la relevancia del espacio familiar, todos venimos de un entorno donde aprendimos las cosas básicas de la vida, y entre ellas bien o mal adquirimos ideas y concepciones de cómo interactuar, amar, odiar, discutir, extrañar, llorar, reír, sufrir y vivir por esa pareja con la que se construyen o se destruyen los sueños.

La pareja contemporánea es sumamente distinta a la de otras épocas, en cuanto la sociedad actual se halla regulada por principios culturales diferentes a los de aquellos tiempos, y estos principios afectan su forma de constitución y objetivos. Antes, la mayor parte de las parejas se unían con el propósito de procrear y educar a los futuros hijos; en cambio, entre los fines principales de un número significativo de parejas de hoy se encuentra la búsqueda de placer y la satisfacción personal por encima de otras cosas.

Un proyecto en constante transformación

Los tiempos están cambiando, y el matrimonio no es una institución estática, por lo cual se ve inmerso en una cantidad de transformaciones de orden social y cultural, principalmente.

Algunas de las realidades vividas que inciden en

la visualización del matrimonio de una forma totalmente diferente a como se concibió en tiempos pasados son:

La mayor espera en tiempo para contraer un compromiso de vida en pareja, el declive de la fertilidad y el temor a tener hijos por las responsabilidades y las renunciadas que esto implica, el formar familia sin la intención de tener hijos, y la presencia de la mujer en el mundo laboral” (Quintero, 2009).

El surgimiento de tecnologías que permiten economizar el tiempo de gasto en tareas domésticas (neveras, lavadoras, etc.) (Quintero, 2009) y el desarrollo de la industria de servicios, permiten que mucho de lo que se hacía en casa sea propiciado por agentes externos. Los matrimonios son ahora construidos en torno a “complementariedades del tiempo libre y el consumo” (Quintero, 2009), lo que hace que las personas pasen menos tiempo en casa, y por lo tanto no se hagan sólidos los vínculos afectivos. Los matrimonios se han convertido en unidades de producción y consumo donde, según los estándares establecidos, el éxito de una pareja se mide por lo que ganan y por sus posesiones, no por su entrega y donación.

La globalización y los medios masivos de comunicación también influyen en la forma como se conciben el matrimonio y la familia, los han despojado del respeto y del misterio con que antes se veían, y han vendido “una nueva idea de lo que es el amor, la pareja, con la promesa de una mayor felicidad” (Duch y Mélich, 2009); pero no es así, ocurre que la gente se siente más insegura y confundida.

Hacia un amor incondicional

¿Cuáles son los principales factores que ayudan a tener una estabilidad matrimonial? La respuesta es muy sencilla: tener como centro de la vida y de la relación a Dios. La idea suena muy romántica, utópica y hasta falta de sentido, pero

si se entra a profundizar nos encontramos que cuando realmente hay coherencia entre lo creído y lo vivido, el resultado es una vida provista de bienestar y satisfacción.

El respeto en un matrimonio es fundamental, porque romper el respeto es abrir la posibilidad para hacerse daño con agresiones físicas, psicológicas y verbales que son irreparables y generan un distanciamiento dentro de las relaciones. Cuando uno le da un lugar importante al otro en su existencia, pero no en una relación de dependencia sino de afecto y amor, le da alas a la relación para poder llegar a ser todo eso que puede ser, lo que a su vez da a cada uno la posibilidad de “autorrealizarse”.

Un buen matrimonio entonces no es aquel sin problemas, y en el que todo es color de rosa, sino por el contrario, donde a pesar de los problemas, las fallas y los defectos se dialoga, se construye, se tolera y se perdona. En palabras del teólogo español Lluís Duch, hay un “desposeimiento, es decir: un salirse de sí mismo y situarse en el espacio del otro. Una descolocación afectiva y efectiva” (Duch y Mélich, 2009).

Desde su creación, el hombre está llamado a la comunión y donación en el amor. Al crearlo, Dios lo dotó de un dinamismo intrínseco que lo proyecta fuera de sí, y sólo en esta proyección interna y externa encuentra su plena realización. El plan perfecto de Dios, que comenzó con Adán y Eva, quienes se encontraban en estado de desnudez no solo en el sentido físico sino de transparencia con ellos y con Dios, puede servirnos como base para saber que para poder vivir una vida plena en pareja es necesario despojarse de los miedos, las dudas, los orgullos, los egoísmos, y de sí mismo, y así poder abrirse al otro, y en esa apertura permitir que realmente se pueda cumplir ese mandato de Dios de “ser una sola carne” (Marcos, 10, 7), un solo corazón, un solo sentimiento.

Como dice el arzobispo Rubén Salazar Gómez (2008):

La naturaleza del matrimonio no depende de la voluntad de los contrayentes sino que se desprende de la naturaleza misma del ser humano creado a imagen y semejanza de Dios, es decir, creado para amar y ser amado. Los fines del matrimonio están por lo tanto inscritos en su realidad misma del ser humano y deben ser aceptados en su totalidad y asumidos con plena responsabilidad. Todo lo que aminore esa conciencia impide que el vínculo matrimonial se contraiga válidamente.

Referencias bibliográficas

Bauman, Zigmunt (2009). El arte de la vida. Barcelona: Paidós Ibérica.

Beck, Ulrich y Beck, Elizabeth (2001). El normal caos del amor. Las nuevas formas de la relación amorosa. Barcelona: Paidós.

Diócesis de Sonsón Rionegro (2001). Plan Diocesano de pastoral 2001-2005: de Camino con Jesús. Rionegro: El autor.

Duch, Lluís y Mélich, Joan (2009). Ambigüedades del amor. Antropología de la vida cotidiana. Madrid: Trotta.

Gil, Paula (2006). Teoría ética de Lévinas. Cuaderno de materiales. Filosofía y Ciencias Humanas [revista en línea]. Disponible en: <http://www.filosofia.net/materiales/num/num22/levinas.htm> [Fecha de consulta: abril de 2010].

Maslow, Abraham (1998). El hombre auto-realizado: hacia una psicología del ser. Barcelona: Editorial Kairós.

Quintero Velásquez, Ángela María (2007). Diccionario especializado en familia y género. Buenos Aires: Lumen.

Quintero, Ángela (2009). Estructuras familiares modernas. "Seminario contemporáneas". Medellín.

Salazar, Rubén, Arzobispo (2008, 28 de enero). Matrimonio, divorcio y declaración de la nulidad. Reportaje [En línea]. Pastoral Universitaria Bolivariana. Disponible en: http://www.unisimonbolivar.edu.co/pastoral/index.php?option=com_content&task=view&id=289&Itemid=240 [Fecha de consulta: Mayo de 2010].